

José Ramón Ubieta (ed.)

Ramon Almirall, Fina Borràs,
Lidia Ramírez, Francesc Vilà

DEL PADRE AL *i*PAD

Familias y redes en la era digital



© José Ramón Ubieto, Ramon Almirall, Fina Borràs,
Lidia Ramírez, Francesc Vilà, 2019

Cubierta: Juan Pablo Venditti

Los esfuerzos para encontrar a los propietarios del copyright de la imagen de cubierta no han tenido éxito, pero la editorial estará agradecida de tener noticias de ellos.

Corrección: Carmen de Celis

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2019

Preimpresión: Moelmo SCP
Girona, 53, pral. 1ª – 08009 Barcelona

ISBN: 978-84-16737-72-7
Depósito Legal: B.18034-2019

Impreso en Sagrafic
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

ÍNDICE

Autores	10
Agradecimientos	11
Introducción	13

I. DE LA FAMILIA A LAS REDES

1. ¿Qué está cambiando en las familias del siglo XXI?	27
Un poco de familia: <i>somewhat family</i>	29
2. Padres herramienta	35
La solución del buen padre.....	38
Pasar del padre a condición de servirse de su función. ...	41
3. Madres inciertas: ¿qué quieren las madres hoy?	47
Madres a los 40.....	48
¿Mater semper certa est?	51
Madres por derecho	54
Madres arrepentidas	57
El Club de Malasmadres	59
La Madre no-toda (madre).....	62
4. Niñ@s hiper	67
Infancias hiperactivadas, hiperconectadas e hipersexualizadas.....	68
Soñar con series	71

II. LA NUEVA REALIDAD DIGITAL

5. Una subjetividad digital.....	79
Mirar y ser mirado: el «Insta».....	84
El porvenir de la intimidad.....	90
Cambios en el saber y el cuerpo.....	95
Crisis de atención y de presencia.....	99
Internet mató a la estrella de la televisión.....	102
6. La vida algorítmica.....	107
Un Otro que codifica nuestros datos.....	109
Del sentido al funcionamiento.....	114
El gobierno del TODO.....	117
El poder del dispositivo.....	122
Las aporías de internet.....	128

III. EL OTRO DIGITAL

7. Un nuevo interlocutor para niñ@s y adolescentes.....	135
Juego y lazo.....	138
Los <i>influencers</i>	142
8. Redes y enredos: acoso, apuestas, porno.....	151
¿Adictos o amantes del objeto?.....	155
Sexualidad: nueva erótica digital.....	160
Porno <i>online</i> : la vergüenza de mirar.....	167
¿Por qué aumenta la cantidad de jóvenes que hacen apuestas <i>online</i> ?.....	169
Violencias <i>online</i>	172
Encerrados con un solo juguete.....	176
Los arrepentidos digitales.....	178

9. Adultos: ¿cómo no enredarnos con lo virtual?	185
Culpa y angustia.....	189
¿Quién tiene el mando en casa?.....	192
Castigos y límites.....	194
¿Prohibir o regular?.....	199
10. Seguir siendo interlocutores válidos para niñ@s y adolescentes del siglo XXI	205
Faq's (preguntas muy frecuentes).....	208

IV. OTRAS REDES PRESENCIALES

11. Conversar en primera persona	221
La apuesta por la conversación: Interxarxes.....	221
Diálogos anticipatorios	226
Familias que se encuentran.....	230
Redes migrantes.....	232
Las voces de los protagonistas	234
Ficciones del futuro: las nuevas redes de salud mental comunitaria	236
Conclusiones	239
Bibliografía	249

AUTORES

José Ramón Ubieta. Psicólogo clínico y psicoanalista. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Colaborador docente de la UOC y de la UB.

Ramon Almirall. Psicólogo. Asesor psicopedagógico y Terapeuta Familiar. Profesor UB y Director adjunto de la revista *Àmbits de Psicopedagogia y Orientación* (www.ambitsaaf.cat).

Fina Borràs. Psicóloga especialista en Psicología clínica. Coordinadora Centro Salud Mental Infanto-Juvenil Horta-Guinardó de 2010-18. Coordinadora Programa Interxarxes desde 2016.

Lidia Ramírez. Psicóloga clínica y psicoanalista. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Adjunta Coordinación del Programa Interxarxes desde 2011.

Francesc Vilà. Investigador Salud Mental Comunitària. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Miembro del Consell Assesor de Salut Mental i Addiccions del Departament de Salut de la Generalitat de Catalunya.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar queremos agradecer a todos los chicos y chicas, padres, madres y docentes que han participado activamente en los grupos de discusión o en entrevistas a título individual. Sus testimonios han resultado claves para la puesta a prueba de las hipótesis de trabajo.

Damos las gracias también a los diferentes centros educativos e instituciones que nos han facilitado el contacto con los participantes: Fundació Adsis, Escola Carmel, IES Francisco de Goya, Escola Mare Nostrum, Escola Riera de Ribes (Sant Pere de Ribes), Escola Sadako, Col·legi Salesians Horta, IES Vall d'Hebrón y Escola Virolai.

Agradecemos la colaboración de los siguientes profesionales: Pep Castillo, Aitor Echebarria, Susana Gallardo, Xesca Massó, Sandra Monfort, Jordi Musons, Candela Pérez, Coral Regí, Susana Roquet, Esther San Martino, Núria Sarrià, Toni Solé, Antònia Vicens, James Wart y Mercé Yubero.

Finalmente, un agradecimiento muy especial para nuestra colega Lourdes Aramburu, cuyas aportaciones y comentarios de lectura han sido claves para la realización de este libro.

INTRODUCCIÓN

Un niño de apenas dos años, chupete en boca, desliza sus dedos con gran habilidad sobre el *iPhone* de su madre, que descansa a su lado. El niño está absorto en un vídeo de *Peppa Pig* y a ratos lo para y mira las fotos de la Galería, en muchas de las cuales aparece él con sus padres o su hermana. Su atención está focalizada en el *gadget* y apenas emite sonido alguno, salvo alguna risa en sordina por el chupete que no suelta, o una mirada al padre que llega.

Mientras, la madre está viendo un capítulo de la conocida serie *Black Mirror*, en la que casi no hay familias, hay individuos solos atribulados por sobrevivir. Tal vez la única familia que se destaca en sus cinco temporadas sea la del primer capítulo, en el que alguien secuestra a la duquesa de Beaumont —miembro de la familia real británica— y, a cambio de su vida, exige que el primer ministro tenga relaciones sexuales con una cerda. Retransmitido en directo y en cadena televisiva para todas las familias del Reino Unido, que se agolpan frente a las pantallas... y que nadie puede dejar de mirar.

Esta escena cotidiana, mixtura de dos realidades familiares, una más tradicional y otra que apunta a la distopía de un mundo por llegar, refleja bien el contenido de este libro: *Del Padre al iPad*. Del Padre, entendido como esa función de conector que nos permite pasar del autoerotismo original al vínculo con el

otro (socialización analógica), al *iPad*, icono de los *gadgets* que nos conectan hoy al nuevo mundo digital en el que ya habitamos todos (socialización digital).

Cuando decimos Padre —para marcar que venimos del patriarcado, donde él era el protagonista—, nos referimos de manera indistinta a cualquiera de los adultos, progenitores o no, de un sexo o de otro, que se ocupan de los niños/as. Hoy ya es un hecho que las tareas de cuidados, tradicionalmente asignadas a las madres-mujeres, pueden ser (y cada vez más es así, aunque es obvio que sigue habiendo diferencias importantes en el maternaje) desempeñadas por los padres-hombres, los *padremadre*. Incluso, en un futuro no muy lejano, las actuales técnicas de reproducción asistida pondrán en cuestión que la gestación sea una tarea asignada en exclusiva a la mujer.¹

La descomposición final de la familia del primer ministro, que muestra este capítulo de *Black Mirror*, constituye un signo anticipatorio del destino de las familias tradicionales en el siglo XXI. Por lo pronto, es la marca de que el futuro *fatherless* (sin padre) ya está aquí... Y *Black Mirror* —con su pantalla rota— muestra que no hay un «todas las respuestas», pues ya no existe esa figura del padre que daría *El* sentido de la vida. En su lugar, tenemos la inconsistencia de un Otro que estalla frente

1. Alan W. Flake, cirujano pediátrico, lleva más de treinta años experimentando con tecnología para prolongar la gestación fuera de la madre y es considerado el inventor del útero artificial para prematuros extremos. Ha conseguido que bebés que nacen entre las 22 y las 26 semanas, y que antes tenían tasas de mortalidad de entre el 70 y el 90%, puedan alagar su gestación en ese útero artificial.

a nuestros ojos mostrando síntomas variados: violencias machistas y otras familiares, inhibiciones en la crianza alternando con exhibicionismos en la red, sobreexcitación combinada con episodios de apatía.

Stefan Zweig se refirió a la familia en su *mundo de ayer*: «En aquel vasto imperio todo permanecía firme e inmoviblemente en su lugar, y en el más alto de ellos, el anciano emperador. Pero si este había de morir, se sabía (o se creía) que vendría otro que en nada modificaría el bien calculado orden».² Los tiempos están cambiando, sin duda, y lo están haciendo a un ritmo vertiginoso. Esta aceleración obliga a los sujetos, uno por uno, a inventar lugares que ocupar como madres, padres, parejas o hijos/as. Y a hacerlo sin que haya un modelo previo garantizado. Si hasta ahora la fórmula patriarcal enmascaraba el vacío y las fallas de esa función, ahora todo queda a cielo abierto.

Nuestra civilización está hecha a base de la alianza entre el discurso de la ciencia y el capitalismo, y eso ha transformado las formas y dinámicas familiares a lo largo de todo un siglo que va desde la Viena de Freud y Zweig hasta los inicios de este siglo XXI. Lo ha hecho llenando nuestras vidas de objetos de consumo y produciendo sujetos solos, libres, iguales y fraternales. Quizás por eso, el deseo de encontrar pareja se hace cada vez más difícil e insistente. Un botón de muestra es el declive del matrimonio: la gente se casa tarde, se separa más y esa ruptura supone para un tercio de los hijos no volver a ver al padre. A pesar de todo, la familia, cada vez más contraída, vuelve a ser

2. Zweig, Stefan, *El mundo de ayer*, Acantilado, Barcelona, 2002, p. 12.

una tribu que combina el ejercicio de la pluriparentalidad —varios adultos que colaboran en la crianza, incluidos los profesionales de las redes asistenciales— con un parentesco flojo, donde el marco legal se diluye en innumerables formas (reconstituidas, monoparentalidad, homoparentalidad, madres de alquiler, adopciones y acogimientos, reconstrucciones).

Esta libertad para elegir pareja, la igualdad creciente entre los géneros y la centralidad del niño parecen ser, a juicio de muchos autores (Bestard, 2012), los factores que han condicionado la evolución de las familias en las últimas décadas. La novela *Las partículas elementales*, del escritor francés Michel Houellebecq, ya planteaba la ficción de una disociación entre sexo, procreación y parentesco. Todo ello da a la familia hoy una sensación de fragilidad, de «un poco de familia» con la dificultad, a veces, de nombrar los lugares de sus miembros (novia de mi padre, amigo de mi madre, hijo de mi pareja). La paradoja es que, a pesar de todas esas «crisis», la familia sigue siendo, en todas las encuestas, el último y máspreciado refugio. Es, en palabras de la experta Martine Segalen (2012), una institución viva, resistente y en transformación.

Estos cambios, lejos de volvernos nostálgicos de ese tiempo pasado mítico e inexistente, nos alertan de las vías que se le abren al sujeto para hacer su propio bricolaje con los recursos a su alcance y con aquellos discursos y objetos que pueblan el universo que lo rodea. Ahora que ha caído en desuso el sentido de la vida proporcionado de manera única y universal por el discurso religioso en el Nombre del Padre, es el momento de tomar posición en relación con lo que cada uno desea, quiere y goza. No para ignorar las determinaciones inconscientes de ese que-

rer, y menos las consecuencias que eso tiene en su manera de satisfacerse y en sus vínculos sociales, sino justamente para hacerse cargo de ese modo de funcionamiento. Ahora que no tenemos la coartada del Otro que nos ordena, nos toca a nosotros elegir y ser consecuentes con ello. Hablábamos antes del retraso en la formación de parejas, y más allá de las condiciones sociales (vivienda, precariedad laboral), que existen y juegan su baza, la clínica nos muestra que ese retraso tiene que ver muchas veces con un no querer renunciar a un modo de goce. Casarse es perder algo de ese goce célibe. Situar en primer lugar el querer de cada uno implica también afrontar la soledad del goce que elegimos. De la misma manera, cuando se opta por la maternidad y la paternidad hay que poner el cuerpo y el deseo, sin pensar que se trata del derecho a tener un hijo. Todo hijo/a se desea y se recibe, para luego perderlo cuando se hace adulto. No hay madre ni padre que pueda evitar ese encuentro con la falta que encarna todo hijo y con la singularidad que conlleva en tanto ser único y, por tanto, irreductible a la posesión. Veremos en el apartado I cómo criarlos, y luego hacer el duelo por su alejamiento, no siempre es fácil.

Ante este vacío del padre antiguo y su régimen tradicional, surgen nuevos objetos que vienen a ocupar su lugar, sin anularlo, pero operando al costado. Uno preminente, al que podemos calificar de una nueva estrella en el firmamento, es sin duda la red y su pluralización (las redes sociales y las redes analógicas, profesionales o comunitarias). Una parte de la función que cumplía la familia, y la jerarquía que la sostenía, ha sido desplazada a estos nuevos dispositivos más horizontales y en conexión permanente. Jacques Lacan (1988) lo anticipaba en 1974, refirién-

dose entonces a la televisión, cuando se preguntaba: «¿Qué nos procura la ciencia, a fin de cuentas? Algo para distraer el hambre en lugar de lo que nos falta en la relación, la relación de conocimiento». El *smartphone* nació en 1997 y desde entonces no ha dejado de ocupar espacios, cada vez más amplios, de nuestra vida cotidiana y de nuestra subjetividad creando, incluso, rituales nuevos alrededor de la conexión.

Esta nueva realidad digital, que analizamos en el apartado II, con sus nuevos «ritos de paso», produce novedades interesantes con respecto al nuevo tiempo acelerado e instantáneo y la relación con los otros (vínculos, creación), y también comporta algunos riesgos (abusos, dependencias). Cambia nuestra relación con el trabajo (disponibilidad continua), el amor (donde las elecciones vía *apps* pueden ser inmediatas), el saber y la atención, y por supuesto nuestra relación con la falta y el vacío, que puede colmarse ahora de manera instantánea y muchas veces evitando el encuentro con el otro. Si el genial artista Alexander Calder inventó el móvil para explorar y resaltar el vacío que se creaba a su alrededor, el ingeniero Martin Cooper creó el «otro» móvil —el teléfono portátil— para taponar la emergencia misma de ese vacío.³ Muchas personas, niños y adultos, comentan que su uso del móvil se liga a los momentos de «no

3. El propio Cooper aportó su visión futurista: «El móvil a largo plazo será algo que vendrá incrustado bajo nuestra piel, bajo la oreja, junto a un computador muy poderoso que es, en realidad, tu esclavo», y no dudó en afirmar que «los operadores y fabricantes de telefonía móvil han convertido el celular en “una monstruosidad”». Véase «El hombre que inventó el teléfono celular», *BBC Mundo*, 26 de abril de 2010. Disponible en internet.

tener nada que hacer», a las esperas en gestiones, transportes, citas. A un tiempo donde la soledad se amalgama con la pulsión, con la inquietud del cuerpo que exige una satisfacción, un mirar, oír, dar a ver, ser visto. Las imágenes fascinan en su proliferación y en su conexión a ese «estar solo». Esos *gadgets* son también los nuevos ídolos y los nuevos conectores, crean la idea de que hay una relación posible, incluida la relación sexual armónica. En alguna *app* de citas estaría la otra media naranja, esperando a un *touch*.

Las redes sociales suponen un apoyo nada desdeñable a los sujetos hipermodernos, huérfanos de referencias, pero al tiempo muestran sus fragilidades al situar el cuerpo y su imagen como elementos centrales. La alienación que eso supone deja a muchos hiperconectados. Quizás estamos menos solitarios, pero no menos solos en nuestra relación con esa falta que ningún *gadget* podrá borrar del todo. Esta soledad, estructural, es fuente de angustia pero también el resorte del pensamiento y la invención.⁴

El orden simbólico que guio buena parte del siglo *xx* ya no es lo que era. Las figuras que lo comandaban, a modo de semblantes (padre, cura, amo, político), han dejado paso a nuevas figuras que lideran sin pudor las vidas y las sociedades (Miller, 2014). Estamos transitando de un mundo cerrado a un mundo abierto, con la promesa de lo ilimitado y con la fantasía de que todo es posible. La confianza en el futuro ha sido sustituida por la in-

4. Al mismo tiempo, vemos cómo el odio de cada uno, en otros tiempos más velado, surge en las RRSS a cielo abierto y refuerza la satisfacción de convertir al ser del otro en un desecho. Las «cacerías virtuales» de políticos, artistas y famosos son un buen ejemplo.

certidumbre de lo que está por advenir, cuestión que explica el auge de la extrema derecha, que no es un retorno al pasado, sino un empuje a un presente y un futuro donde la satisfacción de cada uno toma, ilusoriamente, las riendas para hacerla *grande y sin límites*. Esta mutación tiene en los *gadgets* uno de sus iconos. La palabra *gadget* designa un producto científico-tecnológico, instrumento, artefacto, dispositivo, herramienta o mecanismo. Su origen parece remontarse al momento en que Francia regala a Estados Unidos la Estatua de la Libertad en 1884. La empresa Gaget, Gauthier y Compañía, en una inteligente operación de *marketing*, sacó al mercado una versión «portátil» de la estatua, y este fue probablemente el momento en que se acuñó el término. Hoy, estos dispositivos ya no son pensables fuera de lo digital y de su interacción con el cuerpo de las personas, lo que borra las fronteras de la «realidad».

¿Por qué hoy nos vemos atrapados por los móviles, esos objetos de los que nos cuesta desprendernos y en los que llevamos buena parte de nuestro ser más íntimo? Una nueva vida, la vida algorítmica, ha nacido con su lógica propia. Pensar que la pantalla ejerce algún tipo de frontera entre nuestra realidad —la verdadera vida— y esa otra, que sería virtual, es un error. La pantalla, en realidad, es interna a cada sujeto, es la superficie donde se proyecta el yo con sus conocimientos y sus ilusiones, y al mismo tiempo donde se realiza la satisfacción pulsional. No hay lo real de este lado y lo imaginario (imágenes) del otro. El goce que produce la pantalla (porno, videojuegos, mirada, exhibición, sadismo) es muy real y allí donde nos vemos mirando (YouTube) también somos mirados por ese ojo absoluto (Wajcman, 2011) que nos acepta o nos rechaza. La fantasía no está dentro de la

pantalla, es ella misma —la pantalla— nuestra fantasía, y donde podemos hipnotizarnos. El espectador-actor que manipula la pantalla —y es manipulado al tiempo por ella— olvida que su satisfacción no está en los contenidos, sino en la actividad misma del *touch* constante.

Una nueva vida algorítmica se abre paso e introduce un nuevo interlocutor, el Otro digital, y produce también una nueva subjetividad, temas del apartado III. Hoy, lo digital «produce un modo particular de lazo social, la red, donde cada uno se define por su conexión al otro. En este sentido, la diferencia del modo de lazo social entre el siglo xx y el xxi es particularmente clara» (Laurent, 2014a). Internet es, sin duda, un medio que afecta profundamente a la subjetividad de la época, al dar al cuerpo la ilusión de un acceso inmediato al mercado globalizado y digital de todas las cosas.

¿Cómo nos posicionamos los adultos frente a esta novedad? ¿Cómo hacemos para no «enredarnos» con lo virtual? Para algunos, la solución pasa por un recrudescimiento de las normas, lo que lleva inevitablemente a una judicialización de la vida cotidiana y, pronto también, a una medicalización de estos nuevos malestares, prestos a ser etiquetados como patologías, olvidando que las clasificaciones dicen más del mundo y de la época que de la naturaleza misma de la supuesta enfermedad.⁵ Para otros, se trata de un *laissez faire* confiando en la autorregulación de sus usuarios, olvidando que la satisfacción pulsional que im-

5. En la próxima edición de *Clasificación Internacional de Enfermedades* (CIE-11), que será publicada en 2022, se incluirá el «trastorno por videojuegos» (Gaming disorder) dentro de la sección relativa a trastornos de adicción.

plica el *touch* permanente no se deja domesticar fácilmente. Para todos, aun sin saberlo, hay cierta servidumbre voluntaria respecto a la promesa de satisfacción que este nuevo objeto digital promete. Si el fordismo liquidó al obrero-productor de la revolución industrial para poner en su lugar al obrero consumidor, la realidad digital ha introducido la nueva figura del usuario-contribuidor que cede amablemente sus datos y se convierte él mismo en el producto, aun creyendo que goza gratuitamente de esa fiesta.

Zygmunt Bauman (2014) captó lúcidamente la incidencia subjetiva de esta nueva realidad digital: «Que miles de personas hagan cola frente a la Apple Store tres o cuatro días antes de la salida del último modelo de *iPhone* es algo que ni la sociología ni la psicología ni por supuesto la economía pueden explicar. Para comprenderlo, es preciso contar con los instrumentos conceptuales del psicoanálisis, que nos permiten captar de qué modo un objeto técnico puede cobrar un valor libidinal, es decir, convertirse en causa de deseo». Y más tarde añade: «La asombrosa sabiduría de la lógica capitalista consiste en haber logrado concentrar en un objeto universal (en el sentido de su fabricación en serie), la promesa de una satisfacción cuyas características son específicas e inconscientes en cada sujeto».

Junto a las familias del siglo XXI, y junto a esta nueva realidad digital —que no podrá nunca sustituirlas, tan solo complementarlas—, encontramos otras formas de red que comparten la horizontalidad como nuevo paradigma relacional. Todas tienen también en común el ser dispositivos proveedores de sentido, lazo y lugar social para sus miembros. Es eso que llamamos identidad, y sabemos que en realidad es muy frágil, y que se

construye a partir del reconocimiento del otro y de nuestra relación con el cuerpo y la satisfacción que nos procura. De ahí obtenemos una idea sobre nosotros mismos y un lugar bajo el sol. El apartado IV quiere señalar lo específico de estas «otras» redes, el lugar central que dan a la presencia, en contraposición con lo *online*, donde los cuerpos se escabullen y solo captamos algunos bordes pulsionales como la mirada —especialmente— o la voz, omnipresentes en esta nueva escena digital. La presencia destaca el encuentro de los cuerpos cara a cara, pero también hace presente lo singular, no perdido en el anonimato de la red global. Eso requiere de la conversación entre los protagonistas. El trabajo en red profesional, en ámbitos diversos (educación, comunidad, salud mental), y otras modalidades colaborativas no profesionales, como las redes familiares o las redes migrantes, son fórmulas interesantes y oportunas para abordar estas nuevas realidades.

Este libro pretende, pues, analizar el alcance de este desplazamiento del Padre, como significativo amo regulador de la vida de las personas, al *iPad*, como icono de esta nueva realidad digital que configura nuevas formas de subjetividad y un nuevo mundo dominado por la mirada y la imagen, cuya dinámica oscila entre ver y exhibir en las redes sociales. Estamos, sin duda, en los albores de una nueva civilización con ambición planetaria. Y, a causa de ello, esta nueva fórmula del siglo XXI, que es la red, también produce dispositivos presenciales que, sin renunciar a lo virtual, exigen, como decíamos, el cara a cara, el compromiso de poner el cuerpo y establecer vínculos de apoyo y colaboración. Hay, sin duda, vida más allá de las redes sociales, pero no sin ellas.

Para la realización del presente estudio, hemos sostenido una conversación permanente entre todos los autores, a partir de las lecturas realizadas y de nuestra propia experiencia clínica, social y educativa. Hemos incluido también la opinión de cerca de 200 niños y adolescentes, madres y padres, docentes y otros profesionales. Todas y todos han colaborado amablemente a través de entrevistas y grupos de discusión.